

EL PROFESOR QUE A VECES ESCRIBÍA VERSOS.

Don Miguel de Unamuno no era un profesor severo. Lo que ocurría era que enseñaba griego y para muchos alumnos de la Universidad de Salamanca sólo la mención del griego les parecía terrible.

Los libros de aquel hombre alto y fuerte, vasco de nacimiento, eran conocidos y apreciados en España y fuera de ella. En muchos países lo consideraban como un gran maestro. Pero sus alumnos, aun sabiendo todo esto y estando de acuerdo, lo miraban con cierto miedo.

Uno de ellos casi tropezó con él en la Plaza Mayor. El muchacho estaba pálido y ojeroso. Unamuno y otros profesores que estaban con él lo conocían de sobra. Probablemente era el peor alumno de toda la Universidad. En lo que llevaba de curso, no había conseguido aprobar una sola asignatura.

Don Miguel le preguntó qué le sucedía. Y el estudiante respondió que estaba muy nervioso y no conseguía estudiar y que no se encontraba bien. Luego añadió:

- Es que mañana tengo examen de griego con usted y no sé nada, don Miguel. Y lo malo es que va a venir mi padre y quiere estar presente en el aula para saber por qué me suspenden tanto. Si se da cuenta de que no sé nada, me va a matar a palos. Es un hombre del campo y no se anda con bromas.

Unamuno se quedó pensativo.

- Bueno, hombre, eso podemos arreglarlo. Voy a decirle a usted lo que le preguntaré mañana. Lo estudia bien esta noche y su padre se quedará satisfecho al escucharle. ¿Le parece bien?

El estudiante se puso muy contento. Anotó la pregunta que le iba a poner Unamuno en el examen y se fue a su pensión a estudiar.

Al día siguiente, durante el examen, Unamuno le hizo la pregunta que había acordado. Y el muchacho permaneció mudo. El profesor se quedó un rato indeciso, pensando que tal vez se había equivocado. Y volvió a preguntar lo mismo. Y el estudiante continuó callando.

-Pero, ¿qué le ocurre? ¿No sabe esto? ¿No lo ha estudiado?- preguntó Unamuno.

- Profesor, es que anoche, al llegar a la pensión, me dejaron el recado de que mi padre no podía venir a verme. Así que me fui a dar un paseo...

Nadie como aquel alumno mereció tanto el suspenso que le dio Miguel de Unamuno.